

CALIXTO OYUELA



ELEGÍAS



BUENOS AIRES

IMPRESA DE PABLO E. CONI É HIJOS

680 — CALLE DEL PERÚ — 580

—
1894

Edición reservada

*¡ Dulce, pura y adoradísima memoria de la que fué mi
hija en este mundo! ¡Espiritu resplandeciente, que vives
hoy entre los ángeles tus hermanos! ¡Recibe, como tributo
de un amor inefable, de una amargura infinita de que sólo
el ritmo poético puede dar una idea, estos tristes versos
nacidos para ti de lo más hondo de mi alma, del dolor in-
mortal, profundo, irremediable, de quien perdió toda su
felicidad al perderte!*

CARMENCITA

Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino,
¿Qué negro abismo te absorbe,
Adónde, adónde te has ido ?

¿Por qué, cruel, me halagabas
Con tus fulgentes cariños,
Para dejarme de pronto
En las tinieblas hundido ?

¡Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino!

Yo amé, y de mi amor brotaron
Graciosos y dulces niños,
Y mi hogar creció en rumores
Y lumbres de paraíso!

¡Oh, cómo el alma se enciende
Y se dilata en los hijos,
Cobrando fuerzas y empuje
Para triunfar del destino!

Flores son que se desprenden
De los verjeles divinos,
Y luz del cielo reflejan
En sus chispas de rocío.

¡Luz radiante, luz serena,
que alumbrabas mi camino!

Entre las flores süaves
De mi jardín escondido,
Una, hermosa, descollaba
Con gallardo señorío.

Carmencita era su nombre,
Y creciendo entre cariños,
La dulce edad alcanzaba
De un lustro, aún no cumplido.

En lluvia de oro el cabello
Por la espalda desceñido
Le caía; eran sus ojos
Grandes, negros, persuasivos.

Tímida, fresca y risueña,
Llena de gracia y de mimos,
Á su lado se aspiraba
Puro aroma campesino.

Eran sus padres su encanto,
Y ellos, como dón divino,

Sin cesar la contemplaban
Gozosos y embebecidos.

¡Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino!

Mas ¡ay! que llegó un momento,
Tan negro como imprevisto,
En que recordando acaso
Que era un ángel peregrino,

Tendió las cándidas alas
Hacia su celeste nido,
Dejando en mis yertas manos
Sus juguetes y sus rizos !

Tal es la sencilla historia
De mi dolor infinito.
Desde ese día, ¡por siempre
Se dobló mi cuello erguido !

¡ Adiós yo os digo por siempre,
Contentos y ensueños míos,
Palpitantes entusiasmos,
Reposo dulce y tranquilo !

Ya se extinguen vuestros ecos,
Ya se apagan vuestros nimbos;
De hoy más, el dolor tan sólo
Será mi constante amigo.

¡ Misterio profundo, horrible,
Abominable al cariño,
Hundir al hijo en la muerte,
Y dejar al padre vivo !

¡ Se llega á pensar entonces,
Del alma al tremendo grito,
Que tras de ese cielo inmenso
Se oculta algún Dios maligno !

Á veces, tras largo insomnio,
Imagino en mi delirio

Que mi pena inenarrable
Mueve estupendo prodigio;

Y llega á mi triste casa,
Y abre mi puerta sin ruido,
Trayéndola de la mano,
Algún ángel compasivo.

¡Y á ella corro, en mis brazos
La levanto enloquecido,
Y el eco de mi contento
Retumba en cielos y abismos !

¡Mas cuán pronto en mi amargura
¡Ay! se deshace el hechizo!
¡Los que perdisteis un ángel,
Venid á llorar conmigo!

¡Pobre madre, en cuyo seno
Brotó con infausto sino,
El verde y gentil retoño
Que hoy yace mustio y marchito !

Con su corona de madre
Ya deshojada y sin brillo,
Vagar llorando la veo
Como absorta y sin sentido.

¿Quién puede contar su pena ?
¿Quién su perenne martirio ?

¡Ella miró al ángel suyo
Plegar sus alas de armiño,
Y quedarse en su regazo
Eternamente dormido!

Y ni aun á hablarla me atrevo
Cuando tan triste la miro,
Pues al querer consolarla
Se desborda el llanto mío.

¡Carmencita! ¡Hija amada!
¡Flor de mi huerto escondido,
Que en la mañana, violento
Me arrebató un torbellino!

¡ Con qué profunda amargura
Suenan en mis labios marchitos,
Como perpetuo lamento,
Tu dulce nombre querido !

¡ Tras de ti se me va el alma,
En ti mi recuerdo abismo,
Y aun agrandarse parece
Mi amor por ti, inmenso y vivo !

Si de la región que habitas
Contemplas el dolor mío,
¡ Ruega á Dios que pronto sea
El instante bendecido

En que reposen por siempre,
Amorosamente unidos,
Nuestros cuerpos en la tumba,
Las almas en el empíreo!

ELEGÍA

Á LA MEMORIA DE MI HIJA CARMENCITA

¡ Tú, que mi sér con tu recuerdo llenas,
Y, muerta, eterna en mi memoria vives,
Y con tus breves días circunscribes
Mis horas venturosas y serenas!
Suspenso un punto apenas
El vivo curso de mi acerbo llanto
Que toda el alma en su raudal desprende,
Á ti en efluvios íntimos asciende, .
Roto en gemidos, mi doliente canto.

¡Cuán desierto mi hogar! ¡Qué densas brumas,
Reparo eterno al sol de la alegría,
Sobre su cielo derramó tu ausencia!
¿Dónde aquella opulencia
De su triunfante lumbre, inmenso día,
Que allá en el fondo de mi sér reía,
Y ciñó de esplendores mi existencia?
¡Contigo se extinguió! Sola y obscura,
Testigo de mi enorme desventura,
Quedó ya para siempre esta morada
De que tú eras encanto y alegría.
Sus ámbitos vacíos
Sólo el lamento de tu nombre lleña
Que exhalan sin cesar los labios míos,
Al sentir sobre el alma desolada
La ausencia de tñ límpida mirada,
La sensación de que tu voz no suena.

¡Oh! Cuando, absorto en mi dolor inmenso,
Mi mente evoca tu infantil figura,
Tu dulce hablar, tu timidez graciosa,

Y entre el cabello de oro y fresca rosa,
El resplandor de tu pupila obscura;
Y surge en mi recuerdo,
Región de angustia en que infeliz me pierdo,
El tiempo en que dichosa te sentía
Á mi lado crecer, besarme, ufana
Gorjear por la mañana,
Y brotar de tus ojos mi alegría:
Siento me invade un estupor profundo,
Una ansia horrenda, un bárbaro tormento,
Una amargura interminable; siento
Que está en mi alma agonizando un mundo.

¡Todo aquí te recuerda hora por hora,
Todo en el culto de tu amor se inflama,
Todo en silencio con dolor te llama,
Todo tu ausencia inconsolable llora !
¡ Aquí entre risas de tu edad gozabas,
Alegre y bulliciosa aquí corrías,
Y á mí tus ojos cándidos volvías,
Y todo el corazón me iluminabas !

Si se entreabre una puerta,
Si mueve el viento una cortina acaso,
Parece darte paso,
Y que á favor de la penumbra incierta,
Surges como evocada,
Trayendo en brazos tu muñeca amada.
Mas ¡ay, que así, anheloso y febriciente,
Con recobrar su dulce soberano
Soñando siempre en vano,
Te aguardará mi hogar eternamente!

Desde el día fatal de tu partida
Mi lento paso por el mundo llevo
Á modo de sonámbulo, y la vida
Á la región del sacrificio elevo.
Tal vez un punto mi dolor refrena
La inmensa voz del mundo, y excitado
Por su estruendo y bullicio, hablo y sonrío;
Mas es tregua fugaz, que, desolado,
Siempre que vuelvo á mí, vuelvo á mi pena;
Que tornando infecunda

Mi alma á toda dicha honda y serena,
Á todo alegre brío,
Rodando va con ímpetu bravío
La ola amarga que en dolor me inunda.

¡ Con qué empeño tenaz mi pensamiento,
Renovando sin fin las ansias mías,
Torna al lugar de tus postreros días,
Do se apagó tu vida y mi contento !
¡ Solitaria mansión, donde en la infancia
Aspiré la fragancia
De los frescos efluvios campesinos,
Donde crecí feliz, y la inocencia
Me bañó en la azulada transparencia
De sus mansos raudales cristalinos !
¿ Quién me dijera entonces, hija mía,
Que en esta misma patriarcal morada,
Do tantas veces resonó vibrante
Mi júbilo infantil, un torvo día
La Desventura helada
Te pondría en mis brazos expirante ?

En ella aún algo al sentimiento mío
Le queda de tu sér, como la estela
De luz que deja tras de sí el navío
Cuando en el seno de las ondas vuela.
Tráennme el eco de tu voz las brisas,
Las flores dan tu delicado aroma,
Y en las estrellas tu mirada asoma,
Y brillan en los aires tus sonrisas.

El tiempo, en tanto, seguirá su curso
Con serena indolencia,
Haciéndome entrever siempre más lejos
Los pálidos reflejos
De la adorada luz de tu existencia.
Empero, aunque la suerte
Cruel se goce en prolongar mi vida
En una edad remota, aún en ella
Te llevaré cual luminosa estrella
En el cielo del alma suspendida.
¡Eternamente el pensamiento mío
Verá en mi triste mesa

Un asiento vacío !
Y á través de la muerte y la distancia,
En blando sueño y en tenaz vigilia,
Siempre irá á ti nuestro doliente anhelo,
Y tu recuerdo, en silencioso vuelo,
Á completar vendrá nuestra familia.

¡ Ah, si al menos pudiese en mis canciones
Darte vida otra vez ! Y respiraras,
Y con lumbre inmortal triunfante entraras
En todos los ardientes corazones !
Que si la mente mía no concibe
Consuelo alguno á mi mortal quebranto,
Dulce tributo en mi delirio creo
Á tu memoria dar, cuando deseo
Que al ver tu tierna imagen en mi llanto,
Todos en su recuerdo te atesorén,
Todos, sensibles, con mi amor te quieran,
Todos sin fin con mi dolor te lloren !

NOCHE DE LUNA

EN EL SEPULCRO DE MI HIJA

Ya la luna su disco á la aérea cumbre
Sobre el silencio universal levanta,
Y con la voz de su nevada lumbre
Muda elegía en los espacios canta.

¡Cómo un día en su albor mi pensamiento
Quedaba dulcemente adormecido,
Resbalando en mi sér un fresco aliento
De regiones celestes desprendido !

Mas hoy, cuando en mi alma calla el mundo
¡Oh luna! al contemplar tu faz errante,
Á henchirla toda, con rumor profundo,
Resurge en ella mi dolor vibrante.

Tus rayos, siempre de mi alma dueños,
Á ella bajan, rompiendo sus neblinas,
No ya á alumbrar mis encantados sueños,
Sino un montón de solitarias ruinas.

Mi mente entonces, desalada y vaga,
Á la mansión de los extintos vuela,
Do el mundanal clamor sordo se apaga,
Donde la muerte sus arcanos cela.

Y donde yace allí muerta mi vida,
Junto al sepulcro en que mi hija mora,
Sin voz, inmensamente dolorida,
Mi alma entera se arrodilla y llora.

¡Cómo tu luz, oh luna, triste baña
La blanca tumba en que mi amor se estrella,

Y la besa, y la halaga, y la acompaña,
Cual si quisieses conversar con ella!

Ya su sepulcro, alucinado, veo
Resplandecer con místicos fulgores,
Y se entreabre radioso á mi deseo,
Y vuela de él un ángel entre flores...

¡Hija adorada! Ante tu losa fría
Gime y se encoge el corazón temblando,
Que ya no hay luz, ni esencias, ni armonía,
Donde no va tu júbilo sonando.

¡Señor! ¡Señor! Pues tu justicia ordena
Que caiga en mí tan honda desventura,
De respeto y de amor el alma llena,
Alzo á ti en holocausto mi amargura.

Mas no, Dios mío, bienhechor consuelo,
Ni olvido infiel de tu bondad imploro;
¡Pues es por ella mi profundo duelo,
Yo adoro mi dolor, mi llanto adoro!

De la hija mía la infantil belleza
Trocó en ceniza un huracán de fuego...
En vano el día brillará... ¡Oh tristeza,
Esencia de la vida, á ti me entrego!

1891.



